

El género premio

José Ramón Ruisánchez Serra

El premio es cada vez más infrecuentemente una distinción que se le otorga a una novela. Más bien se ha convertido en un género en sí mismo. Los premios son libros cuyo mérito central es obedecer con rigor las reglas que permiten leerlos en un avión o en la playa o junto a una alberca donde nadan decenas de niños; en situaciones de atención mínima. El argumento, entonces, tiene que ser francamente sencillo de resumir, aunque con el potencial de un desarrollo indefinido. Por ejemplo:

Es Alemania durante el siglo XIX. Un joven traductor vagabundo llamado Hans llega a la posada de un pueblo para pasar una sola noche. Sin embargo, al día siguiente la casualidad hace que le resulte imposible seguir su viaje. Más o menos lo mismo sucede al subsiguiente. Poco a poco, los días se convierten en semanas y Wandernburgo se le va revelando, centralmente, como el lugar donde habita Sophie, una mujer joven y bella, destinada a casarse con otro hombre más rico, más fuerte y menos encantador que Hans. Fatalmente se enamoran.

Además de la trama obvia, los personajes deben ser inmediatamente reconocibles y clasificables en tipos: un cura irremediablemente fanático, una pareja de judíos naturalmente obsesionados por el dinero, un sabio organillero a quien no le podría caber otra suerte que la excentricidad, un criminal que la tradición exige misterioso y así, cada personaje, una vez definido, persevera en su trazo elemental.

Como señaló en su momento la eminente mexicanista Emily Hind, comentando *Delirio* de Laura Restrepo, los premios que promueve Alfaguara tienen que ser largos. Es natural: en España, donde han de venderse la mayor parte de los ejemplares, las vacaciones de verano duran mucho

tiempo. Debido a esta exigencia, no debe sorprender a nadie que esta novela de amores con subtrama policial que es *El viajero del siglo* se regodee en decir lo que parecía abolido por el sutil rigor de Chejov, el genio para la miniatura de Borges y el estudiado microvocabulario de Hemingway.

El siglo XIX es la excusa para volver a decirlo todo, para durar: finalmente, las 530 páginas de este libro resultan bastante modestas si uno piensa en obras memorables del siglo antepasado: desde *Fortunata y Jacinta* hasta *El retrato de una dama*, pasando por *Ana Karenina* y *Middlemarch*.

Sin embargo, lo que en Balzac resulta entretenido, aquí se lee como el producto de un pánico al silencio. Esto resulta aún más grave al pensar que el corazón del género premio es su capacidad para producir un rápido progreso fruto del siguiente sistema: la resolución de una interrogante abierta por la trama lleva tan inmediatamente como sea posible a una nueva interrogante, más espectacular que la resuelta. Y aquí es donde el fracaso de Andrés Neuman en tanto escritor de premios se completa porque, para decirlo de manera llana, su libro aburre.

En lo personal creo que mucho de lo que vale la pena en literatura —por no hablar de filosofía y teoría crítica— aburre de manera memorable, aburre de manera sorprendente: obliga a pensar y nos salva de los gozos fugaces de la levedad ambiente. Pienso en la tradición argentina de la segunda mitad del siglo XX —a la que a pesar de vivir en Granada Neuman podría pertenecer— hay un arco que va de Juan José Saer a Martín Kohan de notables autores aburridos, cuya obra va perdurando. El problema es, de nuevo, el género: Neuman aburre tratando de ser

leve. Genuinamente trató de escribir el premio que ganó.

La derrota de *El viajero del siglo* no es culpa de lo predecibles que resultan las estaciones de su trama: llegada, seducción, separación de los amantes. Lo grave es que entre esos nudos, Neuman olvida la lección de los grandes del siglo XX a la que le da la espalda y no sabe reinventar la de los maestros del XIX que trata de evocar. Hans, por ejemplo, frecuenta un salón literario y desde allí nos inflige pasajes como:

“Y usted, querido señor *Urquihó*, como lector español ¿con quién se quedaría?, ¿con Don Quijote o Sancho?, ¿espero no ponerlo en un aprieto! Señora, dijo Álvaro, no hay elección posible, la historia los necesita a los dos y ninguno tendría sentido sin el otro. Don Quijote sin Sancho parecería un viejo sin rumbo y no sobreviviría ni una semana, y Sancho sin él sería un gordito conformista y perdería la curiosidad, que es su mayor tesoro” (p. 462).

Lo grave es que podría citar y citar pasajes como éste. Porque Hans y Sophie no sólo hacen el amor, sino que traducen a los grandes poetas de una decena de lenguas y, además, se deleitan en comentarlos. El resultado son banalidades que por más que se atribuyan a la imbecilidad de los personajes o a la locura transitoria de sus amores impiden incluso el gozo elemental que corresponde al premio: el de contemplar una trama que avanza de manera predecible en sus sorpresas.

La única esperanza que deja este libro es que Neuman abandone el género premio y vuelva a otros donde transita con mayor fortuna: el cuento, la novela breve, la poesía. **U**

Andrés Neuman, *El viajero del siglo*, Alfaguara, México, 2009, 544 pp.